

**FUENTE DE AGUA QUE SALTE PARA VIDA ETERNA - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM**

***Jn 4,5-42***

*Fue, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era como la hora sexta. Llegó una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: -- Dame de beber -- pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos--. La mujer samaritana le dijo: -- ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? --porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí--. Respondió Jesús y le dijo: -- Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le pedirías, y él te daría agua viva.*

*La mujer le dijo: -- Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? Jesús le contestó: -- Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: -- Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed ni venga aquí a sacarla. Jesús le dijo: -- Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: -- No tengo marido. Jesús le dijo: -- Bien has dicho: "No tengo marido", porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido. Esto has dicho con verdad.*

*Le dijo la mujer: -- Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, pero vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: -- Mujer, créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren. Le dijo la mujer: -- Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas.*

*Jesús le dijo: -- Yo soy, el que habla contigo. En esto llegaron sus discípulos y se asombraron de que hablara con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: "¿Qué*

*preguntas?" o "¿Qué hablas con ella?". Entonces la mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y dijo a los hombres: -- Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo? Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él. Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: -- Rabí, come. Él les dijo: -- Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis.*

*Entonces los discípulos se decían entre sí: -- ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: -- Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra. ¿No decís vosotros: "Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega"? Yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra se goce juntamente con el que siega. En esto es verdadero el dicho: "Uno es el que siembra y otro es el que siega". Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron y vosotros habéis entrado en sus labores. Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: "Me dijo todo lo que he hecho".*

*Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron por la palabra de él, y decían a la mujer: -- Ya no creemos solamente por lo que has dicho, pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo.*

Una de las páginas más sugestivas del evangelio de Juan y sin duda alguna, también, una de las más ricas desde el punto de vista teológico, es la que leemos en este tercer domingo de cuaresma, que trata del encuentro de Jesús y una mujer samaritana.

Se trata de un diálogo muy interesante en el que el evangelista destaca ante todo la humanidad de Jesús. Un Jesús que cansado del viaje llega a un lugar en donde se encuentra un manantial de agua y pide de beber. Un Jesús en el que a través de su humanidad irá derribando los prejuicios levantados en nombre de la religión, impidiendo las buenas relaciones de las personas, y por último un Jesús que va a ser reconocido como el salvador del mundo, no como un hombre judío o un profeta; será reconocido como la persona que traerá la salvación, no a un pueblo en particular como era el judío, sino a toda la humanidad; una humanidad que necesita encontrar a Jesús para poder conocer la cualidad del amor del Padre.

El evangelista construye la riqueza teológica usando elementos característicos del tiempo sin dejar escapar las claves con las que tenemos que saber leer el diálogo. El evangelista habla del horario, al medio día cuando el sol está más alto. No es este el momento más adecuado para

sacar agua de un pozo, pero indica que es cuando el sol más ilumina, cuando la luz llega con más fuerza. Al evangelista le sirve este momento (que recordará también al llegar la hora de la pasión de Jesús) para indicar de qué manera se irá rebelando la novedad que Jesús lleva con su persona. Se necesita este esplendor que ilumina toda la tierra para conocer la novedad que revela Jesús con su palabra y su persona. Esta novedad será sobre todo la cualidad del amor del Padre. Un Padre que como dirá Jesús a la samaritana, busca hombres y mujeres que lo adoren en espíritu y lealtad, o con un amor leal, que sería la traducción más correcta de estas palabras.

Por otro lado el pozo también tiene una resonancia muy fuerte en el contexto bíblico, pues en los pozos se hacían los contratos matrimoniales; en ellos se buscaban las mujeres para los hijos de Israel. Samaría era un pueblo que se había alejado del culto judío a Yahvé, pues había tenido contacto con otros cultos que le había llevado a la adoración de varios dioses. Esto le había llevado a los judíos a despreciar a los samaritanos que los consideraban herejes, gente sin ninguna esperanza. Ningún judío atravesaba esa región cuando se dirigía a Galilea o iba al Norte.

En cambio Juan dice que Jesús tenía que pasar por esta región, pues su cometido, en el contexto del pozo, será conquistar a esa mujer como si fuera a una esposa que se ha alejado de su marido, y Jesús es el marido que la conquistará con su amor. Quienes se han alejado del culto a Yahvé, tendrán la ocasión de experimentar esta intimidad total con el Dios de la vida.

Jesús se acerca pidiendo lo más elemental: beber un vaso de agua, para quitarse la sed. La mujer samaritana, sorprendida, responde al deseo de Jesús y quiere aclarar el porqué de su sorpresa.

Jesús empieza a enseñarle de qué manera él puede dar algo mucho más importante que un agua que quita la sed momentáneamente. Quiere dar a la mujer samaritana un agua que nazca como un manantial desde su mismo interior, dejándola completamente satisfecha, con la sensación de plenitud al ver que su vida no se encuentra frustrada porque no consigue nunca salir adelante. Jesús propone a la samaritana, que pueda acoger el don que sólo él es capaz de mostrarnos, el don de un amor divino que no pone ninguna condición para darse, conquistando, con esa forma de entregarse de manera gratuita, a todos los seres humanos.

Cuando la mujer pide también de beber a Jesús, este le dice que llame a su marido. De esta manera el evangelista introduce la situación en que vivían los samaritanos, con una religión semi-pagana, adorando a otros ídolos, otros maridos como se decía también en la lengua hebrea.

Jesús propone la novedad de su palabra, pues al preguntar la samaritana dónde hay que adorar a Dios, si en el monte de los samaritanos, o en el monte de los judíos, Jesús le contesta que ya ha acabado el tiempo de los templos, Dios no necesita ningún templo en el que residir para ir a encontrarlo. Jesús habla del Padre de manera muy confidencial, diciendo que lo que el Padre desea son hombres y mujeres que lo adoren en espíritu y lealtad. El verdadero culto a Dios es acoger su amor y prolongarlo a los demás. Cuando uno vive la relación con Dios como

la de un hijo con su padre, el mayor deseo de ese padre es que sus hijos se le parezcan y sean capaces de transmitir a los demás lo que él mismo transmite a sus hijos. Dios no acepta ningún culto que no pase a través de la acogida, el respeto y la ayuda a los demás seres humanos, pues son los seres humanos el único lugar en donde este dios de vida se puede manifestar.

La samaritana queda muy sorprendida con todo esto. Abandona su jarra en el pozo y llama a sus paisanos para que vengan también ellos a tener experiencia de esta novedad. Los samaritanos acogerán a Jesús al contrario que los judíos (con los que ya ha tenido momentos de tensión) y dirán a aquella mujer: si creemos en él no sólo es por tu palabra, sino que nosotros también lo hemos visto, y hemos comprendido que este hombre es el salvador del mundo.

Jesús viene a demoler las barreras que la religión ha levantado entre razas, tradiciones, culturas, viene a abrir un modo nuevo de establecer las relaciones con el Padre, con ese Dios que desea que sus hijos se le parezcan en la capacidad de comunicar vida.

Cuando uno acoge el don de Dios y se abre como la samaritana pidiendo a Jesús "dame ese agua", hace surgir el manantial, el don del espíritu que le permitirá poder desarrollar su vida de manera armoniosa, haciendo el bien, solidarizándose con la gente. De esa manera la vida crece y se parece cada vez más a la del Padre, que nos ha dado una posibilidad de desarrollarnos y sentir dentro de nosotros ese manantial, esa vida que nos llena profundamente y nos satisface de una manera en que nadie podría satisfacernos, o podríamos encontrar esa plenitud en nosotros mismos.

El culto que el padre quiere es que prolonguemos su amor. Cuanto más se prolonga este amor, más crece en cada uno de nosotros.